



♦ CARLOS LÓPEZ

CORREGIR

LO *incorregible*

El trabajo del corrector es polémico e incomprendido. Las opiniones extremas sobre este oficio van desde afirmar que el corrector es un escritor frustrado hasta considerar innecesaria su labor. Hay escritores que piensan que su trabajo no debe ser tocado ni con el rasguño de una coma, pero hay otros que confiesan en privado —aunque nunca lo expresen por escrito ni den el crédito donde corresponde— que el corrector es coautor de su obra, que sin su ayuda sus textos serían un galimatías, o más pobres, o antiestéticos.

Miguel Ángel Asturias decía que el trabajo del corrector era igual al del carnicero, mientras que José Saramago afirmaba que “el oficio de corrector pertenece al reino de la libertad”.

Para hablar de estos y otros temas, y para recordar el nacimiento de Erasmo de Róterdam (Holanda, 27 de octubre de 1466-12 de julio de 1536), se celebra cada 27 de octubre el Día Internacional de la Corrección de Estilo. En la Biblioteca de México José Vasconcelos, desde temprano hasta muy noche, se llevan a cabo diversas actividades organizadas por Profesionales de la Edición, que dirige Ana Lilia Arias. Entre otras cosas, se crearon los premios “Martí Soler” a la mejor anécdota de corrección de estilo en México y el “Nikito Nipongo”

a la mejor perla idiomática. La convocatoria ha tenido gran aceptación entre correctores de estilo, editores, traductores, diseñadores, escritores, periodistas, publicistas, maestros, promotores culturales, autores de manuales, funcionarios, estudiantes, quienes aprovechan el foro para exponer los problemas con que se enfrentan a diario, sus dudas y opiniones sobre la corrección y sus alrededores.

El trabajo de corrección nunca mereció el interés de la academia. Por eso es comprensible que los textos de los académicos sean los peores; el de los doctores, sobre todo, más ocupados en llenar informes para el Sistema Nacional de Investigadores y pedir becas, sin tiempo para leer o aprender a escribir con sintaxis y ortografía aceptables. Por eso no pueden corregir los trabajos de sus alumnos y los libros que escriben o las tesis que asesoran están inundadas de errores de todo tipo. Tampoco hacen trabajo de investigación respecto a algo tan elemental como la corrección

y aceptan sin criticar las reglas de la Real Academia Española y las reglas hechas por instituciones extranjeras. Dos ejemplos de esto son la aceptación y recomendación de *Cómo se hace una tesis*, de Umberto Eco, y el manual de la Asociación de Psiquiatría Americana (APA) para trabajar el aparato crítico. El primero no tiene aplicación ni en Italia y el segundo se usa más en México que en Estados Unidos.

MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS DECÍA QUE EL TRABAJO DEL CORRECTOR ERA IGUAL AL DEL CARNICERO, MIENTRAS QUE JOSÉ SARAMAGO AFIRMABA QUE “EL OFICIO DE CORRECTOR PERTENECE AL REINO DE LA LIBERTAD”.

El sometimiento de los intelectuales al imperio es tal que hasta para las reseñas que les encargan a sus estudiantes piden *palabras clave* y *abstract*, aunque tanto el trabajo como la publicación estén hechos en su totalidad en castellano. Cuando uno les pide explicaciones sobre esto, sacan a relucir su autoritarismo para decir que así lo hace todo el mundo y que las revistas arbitradas deben escribirse de acuerdo con los criterios locos de una asociación que trastoca todos los elementos de las fichas bibliográficas, por ejemplo, y la puntuación que usan sin rigor ni criterio.

Por fortuna, hay personas cuerdas que se rebelan contra las entelequias, y con una buena dosis de crítica y sentido común hacen un trabajo digno con los textos que les toca corregir. De manera que si se topan con *et. al.* en una cita, aplican sus conocimientos de latín, de inglés y de puntuación para darle sentido a lo que el doctor quiso decir: *et al.* Y hasta le aconsejan que para la próxima use en su idioma y *otros*, para no complicarse la vida.

Durante cientos de años el trabajo de corrección se hizo de manera empírica; los conocimientos se transmitían en los talleres de impresión de maestro a aprendiz. La asociación civil Profesionales de la Edición se creó el 11 de diciembre de 1993 con el fin de capacitar a los correctores y luchar porque se reconozca el carácter profesional de su oficio, útil en todas las áreas del conocimiento, y para documentar el trabajo de corrección de estilo en México. Una organización similar existe en Argentina, la Fundación Litterae, dirigida por Alicia Zorrilla, que inauguró la Casa del Corrector y en 2010 llevó a cabo las Jornadas Internacionales sobre Lengua Española. En la península ibérica, Antonio Martín preside la Unión de Correctores de España.

El Premio Martí Soler se instituyó en reconocimiento a su labor constante y preocupación para capacitar a las personas que trabajan en el mundo editorial y su extensa trayectoria en él. La anécdota ganadora fue la que contó Beatriz Corona, traductora independiente:

Harta de ser enmendada por el joven corrector, buscó en un texto revisado por él alguna errata, para echársela en cara:

—Mira lo que se te fue —le mostró una palabra, donde le había marcado un *dele* que eliminaba un acento.

—¿Por qué le quitas el acento a dieciséis? —preguntó el corrector.

—¿Que no sabes que los números no se acentúan? —contestó, orgullosa.

Al concurso Nikito Nipongo llegaron las siguientes perlas:

Se agregan tres cucarachas [por *cucharadas*] de azúcar (*Contenido*, febrero, 1993).

Curso de verano infantil (Cartel pegado en un vagón del metro Universidad-Indios Verdes).

Primero.- Se exhorta al Titular del Ejecutivo Federal a que por medio de la Secretaría de Relaciones exteriores solicite al Gobierno de los Estados Unidos de América que suprima la advertencia de no visitar México, por las consecuencias fatales que esto conlleva para nuestro país, *sin dejar de olvidar* que somos parte del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (Senado de la República, *Gaceta del Senado*, núm. 2, 13 mayo, 2009, <http://goo.gl/kf2u6V>).

Come frutas naturales (En un anuncio de Big Cola publicado en *Sólo DFútbol*, Canal 4-Televisa, noviembre, 2009).



EL CORRECTOR TRABAJA CON EL CEREBRO, CON EL CORAZÓN, CON LAS ENTRAÑAS; AMA LAS PALABRAS; SE PREOCUPA POR CUIDAR EL TESORO DEL LENGUAJE. LAS CORRECCIONES QUE HACE SON POR EL BIEN DEL TEXTO.

Alicia Galván resultó ganadora con la siguiente:

Externamos *nuestras mas* sentido pesar y nos unimos a la pena que embarga a nuestra compañera Claudia Salceda por la *perdida* de su hermana. Rogamos al Señor Jesucristo por una pronta resignación, descanse en *Paz*. Respetuosamente, *Rosarito en la Noticia* (23 oct, 2008, <http://goo.gl/e7OzJP>).

Eugenia Huerta mandó las siguientes, fuera de concurso:

El pasado 23 de octubre, durante la ceremonia de entrega de los premios Príncipe de Asturias, al referirse a la unam como una institución que acogió a intelectuales españoles refugiados en México después de la derrota de la República en la guerra civil, el mismísimo Felipe de Borbón y Grecia, príncipe de Asturias y heredero al trono español, soltó ésta en su discurso: “los españoles del *éxito* y del llanto”, en un intento por citar a uno de ellos, el poeta León Felipe, que les llamaba “los españoles del *éxodo* y del llanto” (en *El exilio español en México, 1939-1982*. Ciudad de México: Salvat/FCE, 1982, p. 778). Nunca se sabrá si el error, más que errata, fue obra de quien le escribió el discurso o si, simplemente, Felipe no sabe leer.

Y otra:

...inicia en México la labor de detección de cáncer, principalmente a expensas del estudio de la descamación de células vaginales (técnica del Papa Nicolao)...

“¡Chin! ¿No habrá querido decir Papá Noel?”, se pregunta Huerta.

El corrector no sólo sabe reglas del lenguaje; su acervo cultural es amplio, su conocimiento de las materias del saber es vasto. El corrector trabaja con el cerebro, con el corazón, con las entrañas; ama las palabras; se preocupa por cuidar el tesoro del lenguaje. Las correcciones que hace son por el bien del texto.

Sin embargo, algunos no hacen bien su trabajo. Julio Cortázar se irritaba con los correctores (en *Confieso que he vivido*, de Pablo Neruda, anota: “¡Che Otero Silva, qué manera de revisar el manuscrito, carajo!”) y se mostraba sarcástico con ellos (en la segunda edición de *La realidad y el deseo*, de Luis Cernuda, de Editorial Séneca, debajo del colofón que presume que el libro estuvo “bajo [*sic*] el cuidado tipográfico del poeta Emilio Prados”, con una llamada al pie de página en la palabra *cuidado* agrega a mano: “el descuido”).

Quien corrige no espera recompensas y su labor es mal pagada, lo mueve solo la convicción de ayudar en la creación de un texto digno; lo hace según le dicta su conciencia. Si no fuera por el trabajo del corrector, las faltas se multiplicarían sin parar, navegaríamos en un mar de erratas, nos ahogaríamos en ellas. Pero aun así, es impresionante la cantidad de erratas y errores que se encuentra uno todos los días, en todos lados, a todas horas.

Según Jerónimo Hornschuch, el corrector “debe evitar con el mayor cuidado el entregarse a la ira, a la tristeza, a la galantería; en fin, a todas las emociones vivas. Debe, sobre todo, huir de la embriaguez, pues, ¿hay un ser cuya vista esté más turbada que aquel idiota que transformaba Diana en Rana?”. Quiere correctores castos el autor de *la Ortotipografía* (Leipzig, 1608), algo difícil de conseguir en estos tiempos; o tal vez debido a esto, los creadores de programas inventaron el corrector integrado a las computadoras.

Sin embargo, todos sabemos que estos correctores automáticos no son ciento por ciento confiables. El conocimiento y la capacidad de discernir es una facultad solo de los seres humanos y es preferible un corrector depravado (otro adjetivo que suele colgarse a quien se dedica a este valiente, deífico oficio), vicioso, que celebre con un trago cada obra terminada —como lo hacen los maestros albañiles— y que sonría con un ¡salud! porque salvó del coma a un libro que se encontraba en estado traumático. ●